

MARÍA NEGRONI

# LA IDEA NATURAL

BARCELONA 2024



ACANTILADO

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 2024 by María Negroni  
© de esta edición, 2024 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:  
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, fragmento de *Herbario* (c. 1839-1846),  
de Emily Dickinson

ISBN: 978-84-19036-87-2  
DEPÓSITO LEGAL: B. 2004-2024

AIGUADEVIDRE *Gráfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *febrero de 2024*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## CONTENIDO

<i>Nota de la autora</i>	11
Lucrecio. Dios es una ficción infinita	15
Plinio el Viejo. Un almacén de prodigios	19
Sei Shōnagon. Tesoro japonés	21
Paracelso. La fiesta hermética	25
Sir T. Browne. Los dos inviernos	29
M. S. Merian. Entomología de los sentimientos	33
F. Ruysch. Un artista de la muerte	37
Pedro el Grande. Un gabinete ruso	41
R. A. de Réaumur. <i>Historia natural de las hormigas</i>	45
Voltaire. Hay que cultivar un jardín	49
C. N. Linnæus. <i>En attendant Linné</i>	53
G. L. L. Buffon. Días en el Jardín de Plantas	57

J. J. Rousseau. Las amistades vegetales	61
G. White. <i>Birds are volatile beings</i>	65
H. Fragonard. Un gabinete del terror	69
J. W. Goethe. La educación sentimental de las flores	73
A. Humboldt. Geografía del deseo	75
J. M. Rugendas. El pintor viajero	81
R. W. Emerson. Carta a un escolar americano	85
K. Burmeister. Extravagancia argentina	89
C. Darwin. Autorretrato	93
S. F. Cooper. Las malas hierbas del progreso	97
H. D. Thoreau. <i>Yo, que hago profesión de las cosas mudas</i>	101
J. H. Fabre. El maravilloso mundo de los insectos	105
E. Dickinson. Biblioteca de plantas: ficha técnica	107
C. Monet. Jardín de agua	111

W. H. Hudson. Un naturalista en el Plata	115
F. P. Moreno. El museo soy yo	119
Un friso espectacular	123
E. L. Holmberg. Noticias aracnológicas	129
F. Ameghino. El loco de los huesos	133
M. Maeterlinck. La obra de cera	137
C. Akeley. El obsoleto oficio de la resurrección	141
C. Onelli. Idiosincrasias de los pensionistas del Jardín Zoológico	145
Á. Gallardo. Las hormigas de la República Argentina	149
R. Luxemburgo. Un herbario político	153
L. Wittgenstein. Una cabaña en el fiordo	157
V. Sackville-West. <i>Orlando</i> , la carta de amor más larga de la literatura inglesa	161
V. Nabokov. <i>Genitalia</i> , artistas y lepidópteros	165
L. Bourgeois. Un animal negro por las alcobas blancas	169

J. Cage. El libro de las setas	171
R. Caillois. Un sueño de piedra	173
C. Lispector. <i>De Natura Florum</i>	177
A. Pelechian. El grado cero del paisaje	179
J. Benning. <i>Stemple Pass</i> : El cine como diorama	183
D. Jarman. <i>Et in Arcadia ego</i>	187
W. G. Sebald. El gusano de seda en <i>Los anillos de Saturno</i>	191
C. Caldini. Ofrenda	195
A. Lennox. <i>Lepidoptera</i>	197
M. Wilson. Manual de instrucciones	199

La naturaleza es la diferencia  
entre el alma y Dios.

FERNANDO PESSOA



## NOTA DE LA AUTORA

Un amigo de São Paulo viene a visitarme a Nueva York y lo llevo a pasear por Central Park. Me parece un buen plan para un turista. De pronto, me mira malhumorado y dice: «¿Podemos salir de aquí? Me marean tantos árboles».

La anécdota tiene su gracia, pero sobre todo importa porque a mí me pasa lo mismo. Yo también prefiero los ruidos, el asfalto, los edificios, los taxis, la gente que camina apurada, los cafés, las vidrieras, los semáforos. De día y de noche. No importa en qué estación.

También en la literatura me atraieron siempre los paseantes urbanos, es decir, las figuras que, como Baudelaire o Poe, fueron coleccionistas de imágenes, verdaderos ladrones del capital imaginario escondido en la ciudad. Su obra inaugura una forma de mirar (y de escribir) que abreva en las miserias y desatinos del lujo y en las violencias de la marginalidad social, esa combinatoria compleja que hace posible a la vez el horror y el deslumbramiento.

Más tarde, descubrí en el artista neoyorkino del siglo xx Joseph Cornell una sintonía afín. Sus incesantes desplazamientos por Manhattan en busca de pequeños camafeos para construir sus cajas ensoñadas eran prueba suficiente: él también se dejaba imantar por el carrusel urbano.

No fui una niña naturalista. Soy más bien analfabeta de los espacios verdes. En mi casa de la infancia no había huertas ni animales domésticos y de los gusanitos de seda que presuntamente crie en un garaje sólo recuerdo el olor penetrante que dejaban las orugas mientras comían las hojas de morera y tejían sus capullos.

Por eso tal vez la «idea verde», a pesar de la urgencia y justicia de sus reclamos, no sea el motor de este libro. Me interesa más bien registrar los discursos elaborados *sobre* la naturaleza, sumergirme en los datos de una naturaleza *escrita*.

Buffon, primer director del Gabinete del Rey en París, luego transformado en Museo de Historia Natural, lo dijo sin rodeos: «El discurso de la naturaleza no es más que la naturaleza transformada en discurso». Quería decir que, para entender el *liber naturæ* (y, por consiguiente, el libro del mundo), debíamos ser capaces de unir lo visible con lo enunciable, encontrando, en las

marcas silenciosas que enlazan lo supuestamente inconexo, un conjunto dotado de sentido.

Nomenclaturas y taxonomías, archivos, maquetas, cuadrículas y grillas, clasificaciones, dioramas e inventarios se pusieron al servicio de ese orden que prometía el sosiego y también se erguía como un dique contra el tsunami del tiempo. Se trataba, en definitiva, de traducir, con palabras lisas, la complejidad del mundo. De encontrar en las enumeraciones un antídoto contra la ansiedad y el caos.

Este impulso tiene larga tradición.

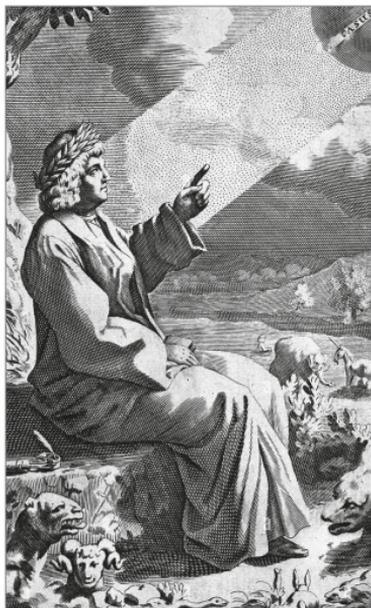
Fue Aristóteles, a quien apodaban «el Lector», quien, en más de doscientos tratados, parceló el conocimiento en busca de una estructura (física, biología, astronomía, lógica, ética, estética, retórica, política, metafísica). Más tarde, vinieron Lucrecio y Plinio el Viejo y, más tarde aún, los inesperados recuentos medievales—la *Historia de la naturaleza de los pájaros* (Belon), la *Historia admirable de las plantas* (Duret), la *Historia de las serpientes y dragones* (Aldrovandi)—que aún no discernían entre observación, documento y fábula.

*La idea natural* busca sumar a estos sueños el fervor naturalista que persiste en los viajes de exploración y «descubrimiento», se consolida en

las fantasías del archivo colonial y culmina, durante el gran siglo de los filósofos y la revolución, con la enciclopedia y el diccionario razonado.

He sido, una vez más, arbitraria. Las figuras que desfilan por este libro no sólo son científicos o naturalistas. Hay también fotógrafos, pintores, ilustradoras, cineastas, alquimistas, escultoras, filósofos, revolucionarias, compositores, poetas y novelistas (y hasta un emperador y un taxidermista) que se dejaron seducir por el templo natural y su fiesta hermética. La lista incluye ejemplos de Europa y Estados Unidos, pero también algunos de Argentina, y cubre un arco que va desde los tiempos de Lucrecio y Plinio hasta la más estricta y enervante actualidad.

LUCRECIO  
(Siglo I a. C.)  
DIOS ES UNA FICCIÓN INFINITA



La enciclopedia de Lucrecio no está sola. Las pesquisas extenuantes de Anaxágoras, que juntaban cosmos, alma e intelecto, el tratado de Empédocles *Sobre el modo de ser y producirse de las cosas en el mundo*, y también (aunque menos ambiciosos) los hexámetros de Gratio sobre la caza

de pájaros con perros la preceden y comparten con ella varios rasgos. La diferencia estriba en la escala: *De rerum natura* es la única obra de física total que nos ha llegado íntegra desde la Antigüedad.<sup>1</sup>

Debemos esta proeza a Cicerón, que preparó la edición de los siete mil cuatrocientos hexámetros de Lucrecio en seis libros, y al gramático Probo, que mandó copiar el manuscrito en papiro, allanando su posterior transcripción.

La trama de la obra es sencilla. Lucrecio se dirige a su discípulo Memmio, poeta menor del último período republicano, y lo conduce al examen de los *primordios* o *cuerpos genitales*, a fin de descubrir las leyes que rigen el fabuloso universo. Se diría que lo embarca en una suerte de épica de la *physis*, que despliega ante sus ojos un tapiz donde conviven el resplandor de los relámpagos y las miserias humanas, el cadáver y los gusanos, las visiones y los simulacros, la pubertad y el amor, la temperatura del agua en los pozos, las causas de la escritura y los terrores de ultratumba.

<sup>1</sup> Lucrecio, *De rerum natura. De la naturaleza*, ed. Stephen Greenblatt, trad., introd. y notas Eduard Valentí Fiol, Barcelona, Acantilado, 2012. (*N. del E.*).

Desde esta perspectiva, poco podría interesar la biografía del autor. ¿Qué más da si Tito Lucrecio Caro tuvo un origen bajo o forastero, si fue un advenedizo en los círculos políticos, si vivió como *poeta damnatus*, oscilando entre la bebida, el suicidio y la locura esporádica?

Ya lo había dicho Epicuro, su maestro: lo que importa es la razón verdadera que se esgrime, no la boca mortal que la pronuncia.

La empresa de Lucrecio es de una envergadura alucinante. No se trata, al menos no del todo, de buscar explicaciones a las cosas. Está en juego un deseo muchísimo más arduo: el de alumbrar un poema donde la ciencia cante.



# PLINIO EL VIEJO

(Siglo I)

## UN ALMACÉN DE PRODIGIOS



Por qué se llama mundo.  
Diversos modos de nacer.  
Desigualdad de los días.  
Quiénes vuelven a vivir después de muertos.  
Si los peces respiran, si duermen, si tienen una  
piedra en la cabeza.  
De los viveros de esponjas.  
Del excremento de los reptiles.  
Del cuco y los piojos de mar.  
Quién inventó la ansiedad.  
Otros animales inmundos.  
Qué ave pone un solo huevo.

Un gallo que habló.  
Clases de tarántulas.  
Qué flores existían en Troya.  
Longevidad del apetito sexual.  
Enanos y eunucos.  
Opinión de los magos sobre el hipo.  
Lujo en los mármoles.  
Los anillos de agua, las primeras estatuas, la  
lesbia.  
Naturaleza de la risa.  
Qué vino tomaban los antiguos.  
Relatos sobre higos.  
Para qué sirve la navegación.  
Para qué sirven los concursos de pintura.  
Quién fue el primer médico de Roma.  
Cuándo prohibió el Senado la inmolación de  
humanos.

Cosas así, seguidas de un arsenal de remedios contra las mordeduras de perro, la disentería, el pus, las hemorroides, los callos, los males de la mujer y las fístulas.

Este desfile triunfal de prodigios—clasificados en *Naturalia*, *Coelestia* y *Elementa*—figura en un monumento compuesto por treinta y seis libros, que Plinio denominó *Naturalis Historiæ*.